

tranquila, bajo un árbol, mientras el mosquito — tal era el insecto que la había estado hablando —, en una rama, balanceábase encima de su cabeza y la abanicaba con sus alas.

Era un mosquito de tamaño extraordinario, y era aún más extraordinario que no lo hubiese visto hasta entonces: «es grande como un pollo», pensaba Alicia; pero no sentía ningún temor, luego de haber sostenido aquella conversación con él.

—De modo que no te gustan los insectos — continuó el mosquito, como si nada hubiese sucedido.

—Me gustan si hablan. Ninguno de los que había de dónde yo vengo hablaba.

—¿Y con cuáles insectos te divertías de dónde vienes?

—En realidad no me divierten los insectos; más bien me dan miedo, al menos los grandes. Sin embargo, puedo decirte los nombres de muchos de ellos.

—¿De modo entonces que todos responden por sus nombres? — preguntó el mosquito como sin darle importancia.

—Nunca supe llamarlos.

—¿Cuál es la utilidad de poseer nombres, si no pueden contestar?

—No les son útiles a ellos, sino a las personas para distinguirlos. ¿Por qué, sino por esta utilidad, todas las cosas tienen su nombre?

—No puedo decirte nada. 'Allá, en el bosque, nadie tiene nombre... Pero sigue y nómbralos; estamos perdiendo tiempo.

—Bien. Primero, el caballito del diablo... — empezó Alicia contando con los dedos.

—Muy bien. En aquel arbusto, si miras, verás al caballito del diablo-mecedor. Está hecho de madera y se balancea para posarse de rama en rama.



—¿De qué se alimenta? — preguntó Alicia con gran curiosidad.

—De savia y de serrín. Sigue.

Alicia contempló con gran interés al caballito volante-balanceador; lo examinó, y al verlo tan brillante y untoso, dedujo que había sido repintado. Después siguió:

—Tenemos el dragón volador...

—Mira hacia arriba, sobre tu cabeza. 'Ahí tienes al dragón volador. Su cuerpo es de budín; las alas de milhojas, y la cabeza de pasas que arden en coñac.

—¿De qué se alimenta? — preguntó como antes Alicia.

—De tortas y pasteles. Y hace sus nidos en las canastas de Navidad.

—Después, la mariposa — continuó Alicia luego de contemplar un buen rato al bicho con la cabeza en llamas y haber pensado: «Tal vez ésta sea la razón de que los insectos sean tan aficionados a volar juntos a las